

La representación del mundo árabe en Occidente: a cien años de *Merope*, de D'Annunzio

Sandro Abate

CONICET-UNS

Podría pensarse que la lengua italiana tuvo un desarrollo particularmente ligado a la estructura social de la «comuna» en las ciudades del norte de la península. Los documentos escritos más antiguos datan de la primera mitad del siglo XIII. Aquella fue sin dudas una incipiente sociedad burguesa basada en la autonomía de la ciudad, en el desarrollo de la producción, en las dinámicas del intercambio comercial, y sustentada por el poder que emanaba de los adinerados o «magnati». La necesidad creciente de diferenciarse de las anteriores estructuras de poder medievales, consolidadas alrededor de las instituciones de la Iglesia y la Corona, incentivaron la búsqueda de atributos nuevos con los cuales identificar a un nuevo sistema y a una nueva clase dominante. La lengua fue entonces, como ocurre cada vez que se producen estas transformaciones en la sociedad, uno de los principales atributos de distinción: utilizar, enriquecer y perfeccionar los dispositivos expresivos de la lengua vulgar (el hasta entonces dialecto toscano), volverla apta para significar conceptos antes insignificados, dotarla con mayores y más eficaces recursos lingüísticos en su vinculación comparativa con el latín (que permanecía ligado con las instituciones del poder medieval), fue un proyecto estratégico, un programa cultural munificado por la nueva clase emergente y orientado a representar sus intereses y valores.

En aquel momento clave de la organización social premoderna, junto con los «magnati», que aspiraban a detentar los nuevos atributos del poder, estaban los «capitani», magistrados populares que representaban a sectores excluidos. En su origen la palabra «capitano» refería a los vasallos de algunas localidades rurales relativamente importantes. Eran quienes estaban «a la cabeza» de un lugar y de un grupo de personas. Surgida del orden comunal del siglo XIII, la denominación pasó luego al orden militar para referir a quien comanda una compañía en grado de oficial superior. Es básicamente con este último sentido con el cual se utiliza en la actualidad la palabra «capitano». Su etimología proviene del latín «caput» (gen. *capiti*), es decir cabeza. Lo curioso es que en tanto sustantivo referido a la parte superior del cuerpo humano y relacionado con las facultades de pensamiento, dará al mismo tiempo origen a la palabra «capitale» en el seno de la sociedad comunal de principios del siglo XIII, para referir una suma de dinero capaz de producir un rédito por sí misma. Llamar al dinero «capital» ha sido producto de un orden social y económico decididamente moderno, en el cual el dinero es considerado un componente esencial, principal, en las articulaciones de un sistema social basado en la propiedad privada de los medios de producción, y su consiguiente separación entre clase capitalista y clase proletaria, obrera o trabajadora.

De manera que «capital» y «capitán» compartirán, desde una organización incipientemente moderna como la comunal, una familiaridad cultural y política encaminada a subrayar atributos de razonabilidad y de supremacía, como sujetos sociales que se distinguen de una formación y pasan a ser autónomos y referentes de autoridad, en función de la asociación semántica que esta evolución filológica refleja entre la razón y la fuerza.

El discurso de la «razonabilidad» ha alcanzado a lo largo de cinco siglos de Modernidad, caracteres de discurso monopólico, y ha servido a los sectores dominantes de Occidente para establecer una base de consenso y de credibilidad que les permita llevar a cabo las operaciones necesarias para garantizar su hegemonía, aun en el caso de que estas operaciones sean ejecutadas a través de la fuerza militar.

Un ejemplo bastante reciente de esto lo tenemos en los bombardeos aéreos que desde marzo de 2011 vienen llevando a cabo las potencias capitalistas occidentales (agrupadas en la OTAN) sobre el territorio de Libia. Resulta particularmente esclarecedor, en este sentido, atender a las razones que se invocan para el uso de la fuerza contra ese país del norte de África. Se ha sostenido oficialmente que se trata de acciones «humanitarias» y destinadas a «proteger a los civiles», en contra de las formas de un denunciado «fundamentalismo nacionalista árabe», construcción ideológica contraria a los valores de la «razonabilidad».

Esta dirección discursiva se fundamenta en las estrategias de representación que el poder capitalista ha construido, promulgado y propiciado acerca del «otro» árabe a lo largo de siglos de controversias entre las construcciones ideológicas denominadas Oriente y Occidente, enfrentamiento con el cual han conseguido ser disimulados y a menudo inadvertidos los conflictos de intereses económicos que se entablaron desde la época de las Cruzadas hasta nuestros días.

En el repaso cronológico de estos conflictos, es dable observar de qué manera el capitalismo ha asentado las bases para el desarrollo de un nuevo proceso imperialista y ha apelado para su justificación de «razonabilidad» a los valores que el programa cultural del Humanismo europeo consiguió canonizar desde el siglo XVI. Este programa había quedado consolidado desde finales de la Edad Media, en las largas luchas entre «cristianos» y «musulmanes», y se había constituido culturalmente bajo la pretensión de revestir con las condiciones de autoridad a la nueva clase hegemónica, es decir a la burguesía, y de celebrar las representaciones sociales del dinero como atributos del poder. El *Orlando furioso* (1532) de Ariosto es tal vez la obra más destacada y completa de esta particular articulación ideológica, y su temprana canonización puede también interpretarse como la prueba fundamental de dicha conjetura.

A lo largo de la prolongada saga de episodios controversiales entre Occidente cristiano y Oriente musulmán, entre europeos y árabes, entre blancos y moros, el proceso capitalista moderno con su propensión imperialista, vino a escribir un nuevo capítulo en el que «capitales» y «capitanes» marchan de la mano contra el «fanatismo infiel y fundamentalista».

Hace exactamente cien años, el 1 de noviembre de 1911, se practicaba por primera vez en la historia de la humanidad un bombardeo aéreo y fue justamente sobre el territorio de la actual Libia. Entonces, como hoy, un capitán del ejército italiano llamado Giulio Gavotti, a bordo de un dirigible aéreo, dejaba caer bombas sobre las entonces provincias de Tripolitania y Cirenaica (actual Libia), en el marco de la guerra ítalo-turca, que entre septiembre de 1911 y octubre de 1912 vio enfrentarse al Reino de Italia con el Imperio Otomano. Era la primera vez que se llevaba a cabo un ataque aéreo, práctica militar que años más tarde llegaría a ser decisiva en ambas contiendas mundiales.

Habría que repasar las justificaciones que el rezagado imperialismo italiano adujo en aquellos años para volver razonablemente aceptable el ataque extracontinental; repasarlas para advertir las verdaderas pretensiones de expansión de los sectores capitalistas de la economía italiana. Como sostiene BERTAZZOLI, «la Libia diveniva, di volta in volta, mitico referente di speranze rinnovate e di frustrazioni represe. Ora biblicamente 'terra promessa', ora Eldorado per soddisfare le esigenze economiche di una borghesia vogliosa di espandere le basi sociali dello stato liberale» (157).

Si bien no fue entonces tan gravitante como hoy la búsqueda del petróleo, sí lo era la necesidad de proveer de materia prima barata a la industria alimentaria (cereales y oleaginosas), debido a lo cual empresas italianas financiaron la campaña bélica del estado nacional en busca de beneficios en la explotación de dichos productos, generando así una corriente de opinión que tuvo como correlato «l'elogio incondizionato di una borghesia conservatrice, incline, per motivi prevalentemente ma non esclusivamente economici, alla politica imperialistica» (LORENZINI: 1274). Resulta necesario, entonces, repasar tales justificaciones con el objeto crítico de desestabilizar las estrategias de representación del poder propiciadas a través de distintos discursos sociales que contribuyeron a la justificación de la empresa.

Entre estos discursos la literatura se hizo eco una vez más en el libro *Merope* (1912) de Gabriele d'Annunzio. Bajo ese título, acompañado por la inscripción «Le canzoni della gesta

d'Oltremare», aparecían en enero de 1912 (es decir en pleno desarrollo del conflicto armado ítalo-turco por Libia), las diez canciones que constituirían también el cuarto libro de los *Laudi del cielo, del mare, della terra e degli eroi*. La contundente presencia coetánea de los acontecimientos que la poesía refiere han llevado a varios críticos dannunzianos a pensar en un tipo de poesía que subroga la acción: «la poesia deviene, appunto, la forma sostitutiva dell'azione. La pàrola poetica è esclusivamente in funzione dell'intento politico: il nazionalismo agresivo e guerresco» (BARBERI SQUAROTTI: 160). En esta decena de composiciones, escritas en tercetos dantescos, el poeta exalta, desde el espacio y la condición de autoexiliado en Francia, el espíritu guerrero y la ambición de conquistas ultramarinas, desatada sobre todo en territorios del norte de África. D'Annunzio (a quien las deudas y los acreedores habían empujado al autoexilio, y no los posicionamientos políticos) encontró en este conflicto armado y en el recrudecimiento de los discursos nacionalistas y coloniales, la oportunidad de reinstalarse en el campo intelectual y artístico italiano en una posición de vanguardia probelicista «che si ritiene capace de reimmettere nel presente tutta la vitalità del mito antico» (FERRONI: 500).

En el marco de esta dirección discursiva, la ocupación de un territorio extranacional es considerada una «gesta». Las apelaciones ideológicas que justifican la invasión se fundamentan en la reivindicación de derechos civiles y territoriales que se remontan al antiguo imperio romano. Poesías escritas en el fragor de los acontecimientos y publicadas en periódicos de distribución masiva, las canciones de *Merope* connotan inmediatamente la emoción del lector. «L'intenzione è di istituire un rapporto dialettico tra passato e presente, nobilitando il contingente nel confronto e nell'identificazione con il già avvenuto, che ne legittima storicamente l'episodicità annettendola all'assoluto del mito» (LORENZINI: 1285). El prestigio residual proveniente de la antigüedad clásica y de la civilización latina, canonizado por el Humanismo europeo, ha dejado aquí de constituir para D'Annunzio y otros artistas e intelectuales italianos, un código en el cual se cifraba la impugnación antimoderna, visible en la primera etapa de su producción lírica, para tomar las formas de un discurso dominante en el contexto de la competencia entre potencias capitalistas europeas que pugnan por dominar el mapa de los nuevos colonialismos que aseguran el control del comercio internacional.

De esta forma, el «otro» colonizado, en este caso el universo árabe nordafricano, es visto en condiciones de subalterno, «incógnito», «natural» e «incivilizado», tal como se advierte en la canción que encabeza *Merope*, titulada «La canzone d'Oltremare». Allí, el territorio de la actual Libia sigue siendo (como los discursos dominantes suelen repetir hoy mismo, cien años después de esos episodios), un territorio a donde llevar la acción liberadora de la civilización occidental.

Con atributos propios de la subalternidad, que se remontan a una larguísima tradición épica adentrada en siglos de colonialismo imperialista, la condición árabe se presenta en «La canzone d'Oltremare» desde la expectativa de recibir el impacto civilizador europeo, que en este caso es equivalente al italiano y –por lazos históricos– al latino que tiene sus raíces en el imperio romano.

En la construcción ideológica de la nación árabe que el poema propone, se destacan únicamente los atributos naturales del suelo que se presenta desconocido y extremado, desprovisto de cultura y en actitud de espera («che aspetta l'orma e la semente»). Este «desierto ardente», cubierto de «aride sabbie», donde se asientan «incognite contrate» constituidas «della barbarie e delle arene» y donde apenas se reconoce a la «mietitrice albana fosca», se erige en la visión que el poema proyecta como «la promessa d'Oriente».

Las ideas de «espera» y de «promesa» confirman un paradigma profético y mítico que se cruza con el impacto de la acción histórica, para dar cuerpo a un discurso dominante en el cual se exaltan los valores del hombre blanco europeo y cristiano, el conquistador que viene a restaurar la «Tripoli latina», luego de un largo período de sublevación irredenta. La conquista de Libia es vista como una operación capaz de restaurar la totalidad mediterránea destrozada por los bárbaros islámicos durante la Edad Media. África, en esta dirección, se vuelve un territorio extremo de civilización latina que, recobrado, es capaz de motivar el renacimiento de un ecumenismo imperial; en otras palabras, este discurso dominante del capitalismo colocó en África «la proiezione messianica di una nuova Italia» (TOMASSELLO: 119). La justificación ideológica de la empresa que

«La canzone d'Oltremare» ofrece no es de conquista sino de reconquista: «i territori africani, già romani storicamente, sarebbero dovuti tornare in seno alla loro patria legittima, in una linea di continuità, come già lo furono al tempo di Settimio Severo» (BARTAZZOLI: 161).

Al contrario del territorio libio y las subrayadas condiciones de su desértico e infértil suelo, la visión que el poema proyecta del conquistador europeo se asienta sobre atributos culturales no vinculados con la naturaleza de su tierra de procedencia sino con sus propiedades físicas y culturales, en las cuales se subrayan las condiciones de fortaleza y fertilidad. Se trata de la «miglior sangue» de un pueblo «giovine e selvaggio» que atraviesa una «stagione meravigliosa», una «primavera santa». Se trata de una «gente fresca e spedita», una «stirpe ferace» que bajo la «fronda imperatoria» de un «savio imperatore» de «raggiato volto» será capaz de imponer «l'aratro cristiano».

La razonabilidad histórica del argumento discursivo sobre el cual se asienta el poema concluye con una imagen paradigmática: en las últimas estrofas de «La canzone d'Oltremare» emerge la figura del «capitano» haciéndose dueño de la iniciativa en el combate marítimo contra los musulmanes, con el «cuor infisso al rostro». La imagen, cargada de un exhibicionismo léxico belicista fundamentado en el *Vocabulario marino e militare*, de Alberto Guglielmotti –como ha demostrado LORENZINI (1286)–, es densa en apelaciones latinas y cristianas que vinculan la acción histórica con el pasado legendario. Pero más allá de ellas, la emergencia de la figura del «capitano» importa en sí misma la adscripción del tan repetido discurso nacionalista que el texto convoca, a un proyecto cultural y económico capitalista, que tuvo sus fundamentos ideológicos y materiales en la visión del mundo que el estado comunal y la incipiente burguesía habían promovido desde sus orígenes en el siglo XIII.

La guerra de Libia que D'Annunzio presencié desde su autoexilio francés y que la palabra lírica en *Méropé* subroga, fue probablemente un capítulo más en la larga línea episódica que enfrentó a europeos y árabes, una extensa historia protagonizada por capitales y capitanes, una historia también reciente que promete continuar.

Obras citadas

- ~BARBERI SQUAROTTI, G., *Invito alla lettura di D'Annunzio*, Mursia, Milano, 1990.
- ~BERTAZZOLI, R., «Lirica di guerra: *Merope* e *Asterope*», en *Scritture di confine*, Bulzoni, Roma, 1990 (Pp. 151-163).
- ~D'ANNUNZIO, G., *Merope*, en *Versi d'amore e di gloria*, vol. II, Mondadori, Milano, 2001 (estudio preliminar de N. Lorenzini).
- ~FERRONI, G., *Storia della letteratura italiana*, Einaudi, Milano, 1991 (vol. III).
- ~TOMASSELLO, G., «L'eore dannunziano e l'Africa nella costruzione dell'ideologia coloniale dell'Italia prefascista», en *Quaderni del Vittoriale* Nro. 36, 1982 (Pp. 111-123).